

Crítica

La Vida Es Todavía Bella

Proyecto de País

José Angel Cuevas. Editorial América del Sur, Santiago, 1994, 43 páginas.

por Ana María Larrain

CON los jirones de la bandera flameando sus heridas al viento, autoasumidas sus desesperanzas como "ex-poeta", José Angel Cuevas entrega ahora su **Proyecto de país** o lo que será, al parecer, la primera parte de él.

Una patria que existe, aunque desdibujados estén sus perfiles de humanidad, va desplegando connotaciones en estos versos gramaticalmente alterados y dislocados en su ritmo. Versos que dan cuenta, "en estado de locura", de la existencia de mitos nacionales inamovibles en el sueño. Como la cordillera y el mar, el jolgorio humeante de un asado, el vino compartido y, así no más, esa belleza que son mujeres y canciones.

El origen es, en este país de niños que no alcanzan a escribirse con mayúscula, un juego a veces cruel que le impide concretarse siquiera como proyecto. De allí la elección del lenguaje coloquial —la poesía es tarea de todos—, seudoinfantil y afinado en el dicho popular. Lo corrosivo, sin embargo, se insinúa en una adjetivación que da vida y que lanza el texto tramo a tramo hacia la parodia. Y es que igual, a pesar de que el poema sea en 50 años más —atención— "grito y plata", un desesperado escepticismo mueve la cola al final de estrofas como ésta, que implican más adelante la renuncia a toda ilusión: "Por mucho que empujemos/las cosas volverán// a su lugar// será el olvido de cada día".

El tono sarcástico del ex poeta que renuncia conscientemente a la eficacia inmediata de su oficio, instala su certera nostalgia en el pasado, cuando se era uno con la utopía, aunque haya sangre en la risa y aunque sea inútil ese arranque de ternura, que se cuele en estas líneas. En cuanto a la poesía misma, ésta se identifica con la convalecencia de la "gente" —por cuya boca habla el poeta— y con esa llovizna que bien puede leerse como un homenaje a Teillier: "Arboles/ ríos en la mesa puesta". Poesía que es voladura desde la contingencia, ya que "todo será/ deshecho por el peso del olvido/ en los países locos", y poesía que, como la cordillera, es la columna vertebral de Chile (minúscula), este largo esqueleto.



Saltando violentamente del rencor a la furia de unas desatadas Erinias, desde la basura envía Cuevas sus flashes con el espíritu de la ciudad-polis-país, cuyos restos entrega verbalmente en una loca secuencia fílmica que no alcanza a digerirse, pero que deja cada vez un sabor amargo en la lengua. Derruido, deprimido y con su cerveza de a litro en algún cerro fumando, el ex poeta quiere, no obstante, reinsertarse en su pasado, pese a que le pegaron hasta el punto de perder la memoria (...) Repeniéndose, el poeta, sin embargo, recupera la voz y lanza su inflamante convocatoria, como queriendo obtener la reacción de un parálitico: Den la cara, exige, "ustedes chaqueta negra/ hablen// lumpen proletaria/ digan/ nosotros somos".

En la sólida estructura de este proyecto —que a ratos se alarga en reiteraciones —,

el ex poeta reconstituye más adelante los posibles escenarios para este Chile ex país recorrido por el chacolí de las ex fiestas patrias, amén de las multitudes marcadas por los años (esos años). El fiero impetu de las dos primeras partes se recupera, tras un momento de debilidad, al constatar que "Oh, mi País no es nada/ un yo vagando por el Parque", y entona un hermoso canto a la patria, que debió haber marcado —en vez de un feble Colofón— el final del libro y que termina así: "Venid, mujeres infieles de la patria/ venid los justos/ los de buena voluntad/ venid/ venid".

El lenguaje de Cuevas, distendido hasta el extremo retorcimiento rítmico como el cuerpo en el potro de tortura, no pierde lucidez ni impacto ni fuerza. Tal vez porque es uno solo con la verdad de su experiencia. ■